

WILLIAM CONGREVE

Incógnita

Traducción de María Jesús Pascual



**Editorial  
Belvedere**

Título original: *Incognita*

Primera edición: marzo 2010

© de la traducción: María Jesús Pascual

© de la presente edición:

Editorial Belvedere, S. L.

Sociedad Unipersonal

Apartado de Correos 7191

28012 Madrid

E-mail: [editorial.belvedere@hotmail.com](mailto:editorial.belvedere@hotmail.com)

[www.editorialbelvedere.com](http://www.editorialbelvedere.com)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-936533-7-8

Depósito legal: M. 15.894-2010

Impreso en España – *Printed in Spain*

Fotocomposición e impresión:

Imprenta Taravilla

Mesón de Paños, 6

28013 Madrid

*A la honorable y muy estimada señora Katharine Leveson*

*Señora:*

*Un ingenio claro, un juicio sensato y una predisposición clemente son cosas que van tan raramente unidas que es casi imperdonable entretenerlas con algo menos excelente en su clase. El conocerla sería una advertencia suficiente para mí para evitar que censurara esta nimiedad si yo no tuviera un conocimiento tan absoluto de su bondad. Puesto que he cogido mi pluma para una escaramuza, creo que es mejor entablar combate donde, aunque haya aptitudes suficientes como para desarmarme, también haya suficiente generosidad como para herir; pues de esta manera, si no puedo nivelar la batalla, me salvará la reputación de un valor infructuoso. Pero, a mi parecer, la comparación implica algo de desafío y trazas de arrogancia. Por lo que, puesto que soy consciente de un temor que no puedo aplacar, déjeme usar la política de los cobardes y dejar esta novela desarmada, desnuda y temblando a sus pies para que, si le faltara algún mérito para solicitar protección, aún, como objeto de caridad, pueda despertar compasión. Para mí ha supuesto una diversión escribirla; ojalá que lo sea para usted cuando pueda perder una hora leyéndola. Pero, al menos, tengo de antemano esta satisfacción: que en sus mayores defectos pueda correr a pedir perdón a esa indulgencia que le debe a la debilidad de su amigo, un título del que estoy orgulloso que me haya hecho merecedor, y que creo que sólo puede ser superior a*

*Su más humilde y atento servidor*

*Cleophil*

*Editorial Belvedere*

## PREFACIO AL LECTOR

Lector:

A algunos autores les gusta tanto el prefacio que escribirían uno aunque no hubiese en él nada más que una disculpa por ello. Pero para mostrarte que no soy uno de esos, no pediré disculpas por éste, sino que te diré que creo necesario hacer un prefacio a esta nimiedad para impedirte que pases por alto algunas molestias que me he tomado en la composición de esta historia.

Los romances están generalmente formados por los constantes amores y el valor invencible de los héroes y las heroínas, de los reyes y de las reinas, de los mortales de alta alcurnia, y así sucesivamente, donde el majestuoso lenguaje, las milagrosas eventualidades e imposibles hazañas, sorprenden y elevan al lector hasta un placer vertiginoso que le devuelve de nuevo a la Tierra cuando se dedica a la lectura, y le desconcierta pensar como ha sufrido él mismo para

ser complacido, embelesado, preocupado y afligido en los diversos pasajes que ha leído, a saber, el éxito de estos caballeros con las desgracias de sus damiselas, y otros por el estilo, como cuando se ve forzado a verse bien convencido de que todo es una mentira.

Las novelas son de una naturaleza más familiar. Se acercan a nosotros y nos presentan intrigas en la práctica; nos deleitan con imprevistos y extraños acontecimientos, aunque no del todo inusuales o inauditos, sino que, sin estar muy lejos de nuestra opinión, nos acercan también al placer. Los romances nos asombran más; las novelas nos deleitan. Y dicho sea con reverencia y manteniendo la comparación a la distancia adecuada, hay entre ellos una relación similar a la que existe entre la comedia y la tragedia. Pero hace tiempo que el drama ha sido desterrado del romance y de la historia; es la comadrona de la laboriosidad y saca adelante las ideas del cerebro. Minerva camina por el escenario por delante de nosotros, y estamos más convencidos de la presencia real del ingenio cuando se nos comunica *viva voce*:

*Segnius irritant animos demissa per aurem,  
Quam quae sunt oculis subiecta fidelibus, et quae  
Ipse sibi tradit spectator*

*Horacio*

Puesto que todas las tradiciones tienen que dar lugar de manera irrefutable al drama, y puesto que no hay posibilidad de dar esa vida al escrito o a la repetición de una historia que tiene en la acción, me decidí por otro tipo de belleza para imitar el estilo dramático, es decir, el diseño, la estructura y el resultado del argumento. No lo he visto antes en una novela. He comprobado que algunas empiezan con un accidente inesperado que es la única parte sorprendente de la historia, causa suficiente para hacer que la continuación parezca carente de interés, aburrida e insípida; puesto que es totalmente razonable que el lector no espere que mejore, al menos para mantener un cierto nivel de entretenimiento, se le puede mantener con la esperanza de que en un momento u otro pueda enmendarse, pero, por otro lado, es una dificultad tan grande para un hombre como lo es el llevarle al piso de arriba para mostrarle el comedor, y, después, obligarle a comer en la cocina.

No solamente me he esforzado en evitar esto, sino que también he usado un método para el fin contrario. El diseño de la novela es obvio desde el primer encuentro de Aureliano e Hipólito con Incógnita y Leonora, y la dificultad estriba en conseguir que suceda, a pesar de todos los obstáculos aparentes, en el espacio de dos días. Dejo a la consideración del lector cuantas probables casualidades intervengan en ope-

sición al diseño principal, a saber, la de casar a las dos parejas implicadas de modo tan extraño en un intrincado asunto amoroso, como también si cada obstáculo no está, en el desarrollo de la historia, supeditado al fin al que en un principio parece oponerse. En una comedia esto se llama unidad de acción; aquí no se puede pretender que sea más que una unidad de estrategia.

La escena se desarrolla en Florencia desde el comienzo de la relación amorosa, y la duración, de principio a fin, no es sino de tres días. Si hay algo más en particular que se parezca a la copia a la que imito (como el lector curioso percibirá pronto) dejaré que se manifieste por sí solo, dándome por satisfecho con que haya sido mucho más adecuado para él haberlo descubierto por sí mismo que para mí predisponerle con una opinión de algo extraordinario en un trabajo empezado y terminado en las horas de ocio a lo largo de una quincena. Porque sólo puedo considerar un ocio laborioso el que es padre de un nacimiento tan desdeñable.

He complacido al librero al inventar un motivo para hacer un prefacio. Las otras dos personas implicadas son el lector y yo mismo, y si él se siente al menos complacido con lo que se ha escrito con tal fin, mi satisfacción naturalmente le acompaña, puesto que depende de su aprobación o de que no le guste.



INCÓGNITA

*Editorial Belvedere*

Aureliano era hijo único de un importante caballero de Florencia. La indulgencia de su padre inducía —y su riqueza le permitía— a otorgar una generosa educación al hijo a quién su padre ahora empezaba a considerar como si fuera él mismo, una impresión que le había producido la apostura y vigor de su juventud antes de que el declive de la edad hubiera debilitado y oscurecido el esplendor del original. Era consciente de que no debía ser parco en sus atavíos si había decidido embellecer su propia memoria. Sin duda, se ha visto a don Fabio (pues así se llamaba el anciano caballero) con la mirada fija en Aureliano cuando había numerosos invitados en la mesa, y haber sollozado por la seriedad de la intención si nada sucedía que le distrajera del objetivo. Fuera porque lamentaba el recuerdo de su ser anterior o por la alegría que concebía al haber, por así decirlo, resucitado en la persona de su hijo, que nunca me creí con derecho a indagar, aunque supongo que algunas veces podría ser un motivo y, a veces, por ambos a la vez.

A Aureliano, a la edad de dieciocho años, no le faltaba de nada, excepto una barba que, el más logrado caballero de Florencia, pudiera desear; había sido educado desde los doce años en Siena donde parece que su padre tenía un administrador, obteniendo grandes ingresos por los alquileres de varias casas en esa ciudad. Don Fabio dio órdenes a su criado para que a Aureliano no se le escatimaran gastos al alcanzar la madurez. Por medio de los cuales no sólo podía hacerse acompañar, sino también contraer compromisos con desconocidos de alta alcurnia y caballeros que viajaban a Italia desde otros países, de los que Siena nunca andaba escasa, siendo ésta una ciudad deliciosamente situada en una noble colina, y muy adecuada para los extranjeros preferentemente a causa de lo agradable y puro de su aire. También está la peculiaridad y delicadeza de la lengua italiana que se puede aprender allí, siendo muchos los profesores públicos de la misma en el lugar; lo cierto es que, los más vulgares de Siena se expresan con una facilidad y dulzura sorprendentes, e incluso dignas de agradecimiento, a los oídos de aquellos que no entienden el lenguaje.

Aureliano llegó a conocer personas de gran valía de varios países, y entre todos ellos alcanzó una mayor intimidad con un caballero de alta alcurnia de

España, sobrino del arzobispo de Toledo, que tanto se destacó en el afecto de Aureliano mediante la similitud de temperamentos, una igualdad en la edad, y un cierto parecido en rasgos y envergadura, que le consideraba como su segundo yo. Hipólito, por otro lado, no era desagradecido a cambio de esa amistad, pues se consideraba a sí mismo que estaba solo o en mala compañía si Aureliano estaba ausente. Pero habiéndole enviado su tío bajo la supervisión de un tutor, y habiendo expirado los dos años que limitaban su permanencia en Siena, se le recordó que era el momento de su partida. Su amigo sintió melancolía al oír la noticia, pero considerando que Hipólito nunca había visto Florencia, le convenció fácilmente para hacer su primer viaje allí, a donde él le acompañaría, y quizás convencería a su padre de hacer lo mismo a lo largo de sus viajes.

Por lo tanto, partieron, pero no pudiendo alcanzar Florencia la misma noche, descansaron a una o dos leguas de distancia, en la villa del gran duque llamada Poggio Imperiale donde unos criados de su alteza les informaron que las nupcias de *donna* Catharina (prima cercana del gran duque) y don Ferdinand de Roveri iban a tener lugar solemnemente al día siguiente, y que se habían estado haciendo preparativos extraordinarios desde hacía algún tiempo para

amenizar la solemne cita con bailes, mascaradas y otras diversiones; que se había organizado una justa y a tal fin se habían levantado unas tribunas alrededor del espacioso palacio y delante de la iglesia de Santa Croce, donde normalmente tenían lugar todas las cabalgatas y espectáculos llevados a cabo por las reuniones de la joven nobleza; que todos los artesanos y comerciantes tenían prohibido trabajar o exponer mercancías a la venta por espacio de tres días, tiempo durante el cual todas las personas debían ser agasajadas a cargo del gran duque, y que se iban a llevar a cabo preparativos públicos para organizar e instalar una multitud de mesas, con entretenimientos para todos los que vayan o vengan, y varias casas para tal uso en todas las calles.

Esta explicación levantó el ánimo de nuestros jóvenes viajeros, y se regocijaron ante la perspectiva de los placeres que anticipaban. Aureliano no podía contener la satisfacción que tuvo ante la bienvenida que la Fortuna había preparado para su estimado Hipólito. En pocas palabras, reflexionaron tanto sobre la agradable información que les habían proporcionado que se olvidaron de dormir, y se levantaron tan pronto como asomó la primera luz del día, aporreando la puerta del pobre *signor* Claudio (así se llamaba el tutor de Hipólito) para que se despertara, pues

no se podía perder tiempo en llegar a Florencia, donde se proveerían de disfraces y demás equipamiento necesario para llevar a cabo su propósito de participar de la alegría popular. Prefirieron salir muy temprano porque Aureliano no consideraba adecuado hacer pública su presencia en la ciudad durante un tiempo, no fuera que su padre, sabiéndolo, pudiera establecer alguna limitación a la libertad que proyectaban para sí mismos.

Antes del amanecer entraron en Florencia por la Porta Romana asistidos sólo por dos criados, quedando el resto detrás para evitar que se fijaran en ellos. Pero, ¡ay!, no necesitaban haber sido ni la mitad de precavidos porque, temprano como era, las calles estaban llenas de toda clase de gente que iban de un lado a otro. Todo el mundo se encontraba trabajando en algo relacionado con las diversiones que estaban por venir, de tal modo que nadie se fijaba en nadie; un marqués y su séquito podrían haber pasado por allí tan inadvertidos como un mozo o un zapatero. No había una ventana en las calles que no devolviera el sonido de la melodía de un laúd o el punteo de una guitarra; porque, por cierto, los habitantes de Florencia son extrañamente adictos al amor por la música, hasta tal punto que sus hijos pueden carecer de lo que sea menos de tocar un instrumento. No era

ningún espectáculo desagradable para nuestros caballeros (que, viendo que no eran observados, decidieron hacer comentarios) contemplar la diversidad de figuras y posturas de muchos de estos músicos. Se podía ver a un afectado ayuda de cámara imitando la conducta de su señor, inclinándose descuidadamente contra la ventana con su cabeza hacia un lado en una postura lánguida y gimiendo en una lastimera voz baja alguna queja triste mientras, de su comprensivo theorbo,<sup>1</sup> fluía el principio de una melodía no menos triste para sus oyentes. En el lado contrario es posible que hubiese un zapatero con el desastroso esqueleto de una guitarra, golpeada y encerada con sus propias manos, y que, con tres cuerdas desafinadas y su propia desgarradora voz ronca, atraería la atención del vecindario para gran aflicción de muchos profesionales más moderados, que, sin duda, estaban igualmente deseosos de ser escuchados.

Para entonces, el criado de Aureliano había reservado alojamiento y volvió para informar del mismo a su señor. Los caballeros, cansados de ese ridículo entretenimiento que, a simple vista, era ameno, se retiraron a donde les condujo el lacayo, quien, según

<sup>1</sup> Instrumento musical del siglo XVIII del tipo del laúd con dos cuellos. (*N. de la T.*)

con las directrices que le habían dado, había buscado una de las calles más oscuras de la ciudad. Durante todo aquel día, hasta la noche, se le empleó para ir de una tienda a otra de comerciantes para proveerles de ropajes puesto que no tenían tiempo de hacérselos nuevos.

Dio la casualidad de que sólo había uno que fuera lo bastante rico como para satisfacer a nuestros jóvenes caballeros, de tantos como fueron llevados en esa ocasión. Mientras discutían y se alababan mutuamente (Aureliano protestando que debía ponérselo Hipólito, y él, por otro lado, renunciando al mismo de forma igual de implacable), vino el criado de Hipólito y puso fin a la controversia, diciéndoles que había conocido al *valet-de-chambre* de un caballero, que era uno de los más gallardos de toda la ciudad, pero que se encontraba en una condición tal que realmente no podría asistir a los espectáculos. Con lo cual, el ayuda de cámara había planeado disfrazarse con las ropas de su señor, y poner a prueba sus aptitudes en la corte; al oír esto, él le contestó que le informaría sobre como podría emplear el ropaje más para su beneficio que para su placer durante un tiempo, así que le contó la oportunidad que su señor tenía para ello. Hipólito hizo ir a buscar al individuo, que no estaba tan conten-



to por su plan como para no ser sobornado, pero después de concederle sus exigencias a cambio de poder utilizarlo, lo trajo. Era muy ostentoso y, tras probárselo, tan adecuado para Hipólito como si hubiera sido confeccionado expresamente para él.

La ceremonia tuvo lugar por la mañana en la gran catedral con toda la magnificencia correspondiente a la riqueza del gran duque y la estima que sentía por la noble pareja. A la mañana siguiente iba a tener lugar una justa, y esa misma noche un baile de máscaras en la corte. Para omitir la descripción de la alegría general (que se había esparcido a través de los conductos del vino, los cuales eran transmitidos a la gente en grandes cantidades), y relatar solamente aquellos efectos de la misma que conciernen a nuestros actuales aventureros, debéis saber que al aproximarse la caída de la noche, en ese momento en el que el equilibrio del día y la noche mantiene durante un momento el aire en una sombría incertidumbre entre una falta de disposición a abandonar la luz y un impulso natural hacia el dominio de la oscuridad, en ese momento, nuestros héroes, como digo, iniciaron una salida o escapada de sus alojamientos y pusieron rumbo hacia el gran palacio, donde, antes de su llegada, ardía tal prodigiosa cantidad de antorchas que el día, con la ayuda de estas fuerzas auxiliares, parecía

continuar su dominio. Los búhos y los murciélagos, percibiendo su error al contar las horas, se retiraban de nuevo hacia la conveniente oscuridad; la señora noche no era más vista que oída, y los químicos eran de la opinión de que sus oscuras humedades, enraizadas por la abundancia de llama, se evaporaban.

Supongo que en este momento el lector está entre la espada y la pared con respecto a ésta y otras digresiones no pertinentes, pero dejémosle solo y vendrá por sí mismo, momento que yo creo adecuado para hacerle saber que cuando divago, escribo para mi propio agrado y que cuando continúo con el hilo de la historia, escribo para complacerle a él. Suponiendo que es un hombre razonable, le declaro satisfecho de permitirme esta libertad; así pues, continúo.

Si nuestros caballeros estaban deslumbrados ante el esplendor que contemplaban fuera de las puertas, qué sorprendidos, fijaos, debieron quedarse cuando al entrar en el palacio encontraron que, incluso allí, las luces no eran otra cosa que unas láminas de metal a los ojos brillantes que destellaban sobre ellos con cada giro.

Nunca un acontecimiento reunió una compañía más gloriosa; todo lo mejor de Florencia, con los más distinguidos caballeros, estaba presente, y a pesar de que la Naturaleza había sido parcial al conceder a al-

gunos mejores rostros que a otros, el Arte era igualmente indulgente con todos, e industriosamente reparó aquellos defectos que ella había dejado, realizando algún añadido a sus mejores excelencias. Todo el mundo era bien parecido, como cabe suponer; nadie que fuera consciente de poseer alguna deformidad visible se permitiría ir allí. Sus atavíos eran igualmente magníficos, aunque cada unos de ellos difirieran en fantasía. En pocas palabras, nuestros forasteros estaban tan bien educados como para llegar a la conclusión, a partir de estas evidentes perfecciones, de que no había una máscara que no escondiera como mínimo la cara de un querubín.

Al mismo tiempo, es posible que las damas no se quedaran atrás en una opinión favorable de ellos, pues ambos iban bien vestidos, y tenían en su aire y en su semblante algo agradable difícil de explicar, diferente del resto de la gente y, sin duda, diferente el uno del otro. Creían que mientras estuviesen juntos llamarían más la atención que ningún otro en el salón y, sin pretender ser tomados por extranjeros, lo que pensaban que eran a causa de algunos murmullos que habían oído cerca de ellos, acordaron una hora para encontrarse después de que se deshiciera la reunión, y así, de forma separada, se mezclaron con el grueso de la concurrencia.

Aureliano había puesto sus ojos en una dama a la que había observado que estuvo cuchicheando con otra mujer durante un tiempo considerable. Esperaba con gran impaciencia el desenlace de esa conferencia privada para ver si podía tener alguna oportunidad de atraer a la dama cuya persona le resultaba tan agradable. Al fin percibió que habían dejado de hablar, y la otra dama pareció haberse despedido. Entre tanto, él se había tomado no pocas molestias para ponerse en posición de abordar a la dama, lo que, sin duda, habría llevado a cabo felizmente si no hubiera sido interrumpido. Pero apenas le hizo una reverencia preliminar (y que, le he oído decir, fue la más baja que jamás hizo) y terminó de abrir sus labios para expresar un pequeño cumplido del que, sin embargo, estaba muy ufano, cuando, desgraciadamente, se vio malogrado al interponerse la misma dama por cuya partida, no mucho antes, había estado rogando con tanto celo. Pero, como la Providencia así lo quiso, solamente se trató de un pequeño asunto olvidado que fue recuperado en un suspiro. Estando despejada de nuevo la costa, hizo acopio de valentía y allí fue, y, desplegando las velas, repitió su ceremonia para la dama, a quién, habiéndola devuelto amablemente, se dirigió con estas o similares palabras:

—Si no estoy usurpando un privilegio reservado a algún conocido suyo más afortunado, ¿me permite, señora, suplicar el favor de su conversación por un tiempo?, al menos hasta la llegada de quién esté esperando, siempre que antes no se canse de mí, pues entonces a la mínima indicación de inquietud, no dudaré en causarme el disgusto de retirarme para dejarla libre.

La dama le respondió que no esperaba a nadie, por lo que él podía imaginar que su conversación no era de gran valor, y que permitirle conversar con ella no serviría sino para convencerle de ello para su propio perjuicio. Él respondió que ella ya había dicho bastante para convencerle de algo que de todo corazón deseaba que no le perjudicase a la larga. Ella hizo ver que no le entendía, y le contestó que si ya lamentaba conversar con ella, tendría razón suficiente para arrepentirse de la precipitación de su primera petición antes de que hubieran terminado puesto que ahora ella intentaba mantener una conversación con él con la intención de castigar su indiscreción al suponer que tenga ingenio una persona cuyo vestido y semblante podría, quizás, no ser desagradable.

—Tengo que confesar —replicó Aureliano— que soy culpable de atrevimiento, y de buen grado me someto al castigo que me imponga; y aunque sea un

agravante del delito de perseverar en su justificación, aun así no puedo evitar defender una opinión en la que ahora me reafirmo, y es que se pueden establecer conjeturas creíbles por la ingeniosa predisposición de la mente a partir del aspecto atractivo y de la elección del atavío.

—Le concedo el sentido del humor —dijo la dama— o la constitución de la persona, tanto si es melancólica como enérgica. Pero no debería pasar por alto tan ligera indicación de ingenio porque hay tontos enérgicos igual que hombres de sentido brioso, y lo mismo sucede con los melancólicos. Confieso que es posible que un tonto se ponga en evidencia por su vestimenta llevando algo singular o ridículo, o al combinar los colores extravagantemente; pero un decoro en el vestir, que es lo que todos los hombres de mejor juicio pretenden, se puede adquirir por costumbre y ejemplo sin obligar a la persona a un gasto superfluo de inteligencia para ingeniárselas; y aunque hubiera ocasión para ello, pocos son tan poco afortunados en sus relaciones y amistades como para no tener algún amigo capaz de aconsejarles si no son demasiado ignorantes y presuntuosos como para pedir consejo.

Aureliano estaba tan satisfecho con la naturalidad e inteligencia de su exposición que olvidó dar una

respuesta cuando ella parecía esperarla. Pero, siendo una mujer de rápida percepción y consciente, con razón, de sus propias perfecciones, pronto notó que él no había dejado de prestarle atención. Sin embargo, ella se empeñó en obligarle a darle una respuesta, así que continuó con el mismo tema.

—*Signor* —dijo—, he estado mirando a mi alrededor y de acuerdo con su máxima no puedo descubrir ni un solo necio en esta reunión porque todos van bien vestidos.— Dijo esto con un aire de chanza que llamó la atención del caballero, que inmediatamente le respondió:

—Es cierto, señora, que vemos que puede haber tanta variedad de buen gusto en la ropa como de apariencias; sin embargo, puede haber muchos de ambas clases prestados y adulterados si fueran investigados. Y como ha querido observar, la invención puede ser ajena a la persona que la lleva a la práctica; y por buena que sea la opinión que yo tenga de un vestido agradable, me resistiría a responder por el ingenio de todos los que están a nuestro alrededor.

—Le creo —dijo la dama—, y espero que esté convencido de su error, puesto que tiene que reconocer que es imposible decir quién de toda esta reunión eligió o no su propio atavío.